

DON ANDRES BAQUERO O LA "SOFROSINE"

**SEMBLANZA ESTUDIO ACERCA DEL ILUSTRE
CATEDRATICO DE LAS LETRAS MURCIANAS,
LEIDA EN LA UNIVERSIDAD DE MURCIA EN
ABRIL DE 1958**

POR SU AUTOR

ANDRES SOBEJANO

Atravesando ese puente de niebla lejana del recuerdo, que nos la eclipsa ahora, quisiera hacer reaparecer en estas cuartillas, ante nuestra rendida memoria de paisanos, amigos y discípulos, la figura venerable, abacial, de don Andrés Baquero Almansa, con toda su dignidad y prestigio atrayentes, para alimentar con su ejemplo y dictados nuestro amor entrañable a la murciana tierra natal, y para representaros en estos tiempos vertiginosos y olvidadizos, de modo escueto, aquella su silueta literaria, humana y moral, como dechado y espejo en que mirarse, enorgullecidas, las jóveens promociones letradas y escolares de la Murcia de hoy.

Ahora, precisamente, entre la ambiental indiferencia que hielan los años y la frivolidad difusa de la época, y porque faltan ya la mayoría de los que lo conocieron y aprendieron de él, con ocasión del centenario de su nacimiento y a los nueve lustros de su sentido muerte, es justo airear su nombre señorial y egregio, orlado de siemprevivas y homenajeados con debido tributo de admiración, gratitud y afecto.

El que aquí lo intenta, si no logra llevarlo a cabo con el arte y la dignidad que tan preclara figura requiere, pone al menos en éllo toda la cordialidad y reverencia de un alumno que fué, y amigo de este sabio y bondadoso maestro, honor de su tierra y su tiempo.

Encarándose con las generaciones presentes y juventudes ligeras y



distraídas, podríamos decirles con Corneille, a propósito de aquel venerable profesor :

*”¿Ne sais tu que ce vieillard fût la même vertu,
la vaillance et l’honneur de son temps?...”*

Esbozar la figura, respetable y familiar a la vez, de don Andrés Baquero, no ha de ser, según entiendo, reseñar sólo a grandes o menudos rasgos, su ejemplar biografía; sino sacar de élla y del tono y reflejo de su vida pública y privada, junto con su jugosa bibliografía, las notas predominantes de su etopeya. Y en todo lo concerniente a su persona y su obra, a su actividad y a su sentir, se vislumbra como un sello, un matiz, una constante de eso que es tan difícil de poseer y mantener, a los hombres elevados y notorios, y que los individualiza y prestigia sobremanera: El equilibrio mental y temperamental, y la sana y controlada ecuación de sus más nobles facultades y pasiones. Esta atrayente cualidad involutiva es la que debe, con su impresionante recuerdo, seducirnos y ejemplarizarnos todavía.

Podríamos, primordialmente, sintetizar el elogio personal de Baquero situándole entre aquellos —alabados por el Libro de la Sabiduría: *”Homines divites in virtute, puchritudinis studium habentes”* (Sap. 44-6)— hombres virtuosos que poseen el afán y el estudio de la belleza. Pues, ¿qué otro modelo fué nuestro don Andrés Baquero, sino el de una honesta integridad ciudadana, consagrada en sus tareas y aficiones al cultivo de la enseñanza de la Estética y el Arte, fruto de la belleza creada y resplandor de la infinita? En todas las facetas de su edad, de sus puestos, de sus empresas y sus escritos, dejó una huella profunda y simpática nuestro personaje, de ese sentido de la medida y dominio de sí mismo, de su equilibrio platónico y serenidad de la mente y corazón que acompañan al varón perfecto en sus aspiraciones y actitudes frente a la vida, en su discernimiento y utilización de los valores, de los hechos, de las personas y de las cosas. Y este halo de autognosia y prudencia, de calma ante el oleaje ordinario de la vida y la lucha en los vaivenes humanos, nimbó su figura y su cabeza senatorial y pensadora, en todos sus años y evoluciones, en todos los aspectos de su rica y proteíca personalidad; y lo hizo emperador de sí mismo, que es, según dice Ortega, la primera condición para las dotes directivas con que imperar a los demás, como por sus varios cargos le incumbió en su destino.



LA MOCEDAD DE BAQUERO

Sangre castellana por línea paterna, y murcianísima, aljazeeraña, como la de Saavedra Fajardo, por vía maternal, funden en Baquero su carácter y temperamento. Se cría en un ambiente acomodado, cuto y profesoral, aficionándose a las Letras y a las Artes, desde los comienzos de su instrucción en este Instituto de Segunda Enseñanza donde hemos visto en su expediente escolar archivado mejores notas e índice de aptitudes en las disciplinas literarias y humanísticas que en las rigurosamente científicas y experimentales; como también en las Escuelas Pías de Getafe, donde perfeccionó su latinidad y filosofía. Hace después estudios preparatorios para la carrera de Arquitectura, que cambió luego por los facultativos de Filosofía y Letras en Salamanca y en la Universidad Central. Y su juventud laboriosa y recogida, aun viéndose mimada por el éxito, no supo de alharacas, disipaciones ni vanidades. Comienza a hacer sus primeros pinitos poéticos en los periódicos y revistas locales, algunos de la muchachada, cuando está de vacaciones; y apenas apunta el bozo en su redonda cara manceba de apacibles ojos azules, teje ya ensayos literarios de toda índole, algunos de precoz balbuceo de crítica artística, llegando a dirigir, cuando sólo tenía dieciocho años, una revista como «La Ilustración», en donde, igual que luego en «El Semanario Murciano», aparecen también sus primeros versos serios, unos de galantería madrigalesca propia del período neoromántico en que se educa y de las ilusiones juveniles y el ambiente de buena sociedad que frecuentaba; otros, de versiones clásicas y modernas, griegas y francesas singularmente, como las más conocidas de Alceo, Teocrito, Musset o Lamartine; algunos en tono y muestra de orientales y baladas, entonces muy en boga; y, finalmente, otros de circunstancias o de ingenio humorístico a lo Selgas.

Con todo ese bagaje y sus escauceos de escritor, prolongada su estancia temporal en la Corte, cerca de su semifamiliar el afamado pintor de género, y murciano también, Germán Hernández, encauzó el joven Baquero sus energías y aun su legítima vanidad por el camino de la sólida cultura literaria y artística que dió a su formación definitiva impronta personal y acrisolada ponderación; adiestrándose y aprendiendo, en vez de distraer sus afanes en pasatiempos o frivolidades de pisaverde o en excesos que hubieran sido muy explicables en sus circunstancias y en aquellas sus primaveras. Maravilla leer sus disquisiciones sobre el Arte, su naturaleza, y las Escuelas Españolas de Pintura, en «La Ilustración Murciana», producidas antes de los veinte años.

Destacaba con mucho relieve, cuando venía largas temporadas a su tierra, entre la juventud aplicada y distinguida, «como estudiante apro-



vechado» que le llamaban las gacetillas contemporáneas; deslumbraba en el Casino y en las tertulias a sus amigos y compañeros, y a las damiselas de la época —alguna de las cuales no le fue indiferente y constituyó su secreta ilusión, que no cristalizó por su modo de ser y por los diversos rumbos frecuentes de su vida aún no estab'izada— y siendo, con su aura social, su apuesto tipo y sus ya acusadas patillas, la flor y nata de la juventud ilustrada murciana, nunca se mostró engreído, según los que de él escribían o hablaban, sino sencillo y tratable, conservando el aplomo y modestia de una sazón prematura.

Sordo a la sirena política que le brindaba sus halagos y seguras promesas, dadas sus amistades y relaciones familiares, se empezó a aficionar a la investigación histórica, documental y libresca, comenzando, como habría de terminar luego, por indagar y aclarar datos cronológicos y artísticos sobre nuestra Catedral, aprovechando y ampliando curiosos apuntes allegados por su padre, también catedrático, don Ramón Baquero, y siguiendo los métodos y canteras que en Díaz Cassou, Fuentes y Ponte, y Pío Tejera, había descubierto. Estudios interesantes y desinteresados, más propios de la pacienczuda senectud que de un bisoño recién graduado.

En sus ausencias madrileñas no dejaba de enviar densos trabajos a la Prensa murciana, sugiriendo y descifrando enigmas y rebuscos de nuestra historia y de nuestra toponimia y arqueología; y pasados sus veintitrés años, en que ya hubo terminado brillantemente su carrera de Letras, compuso y remitió aquí a unos Juegos Florales de 1877, en los que fue laureado, su primera obrita de envergadura, pronto publicada, y titulada «Estudios sobre la Literatura en Murcia desde Alfonso X a los Reyes Católicos», que mereció desusados elogios de los mismos doctos académicos del Tribunal, por sus condiciones de crítica honrada (aunque la actual, en sus adelantos y descubrimientos pueda hoy señalarle algunos errores, entonces insospechados), su suelto estilo expositivo y el amor a Murcia que revelaba; trabajo que le valió ser propuesto enseguida como Cronista Oficial de Murcia, por una parte, y como Académico Correspondiente de la Real de la Historia, por otra; ambas cosas a indicación del muy erudito don Aureliano Fernández Guerra.

No deja de ser ya conmovedor en un joven murciano ausente, la dedicatoria de su trabajo, a la vez que a su tío y Mecenaz don Andrés Almansa, a todos los murcianos «que sientan —dice textualmente— por Murcia el mismo cariño con que yo, lejos de élla, recuerdo la sombra de la Torre». ¡La sombra de la Torre!... «*leitmotiv*» de su vida sentimental e intelectual, como después veremos, espiritual y tutelar remanso que ejercía irresistible atracción sobre un adolescente, a quien ya le sonreía la fortuna, ausente y alejado de aquélla.

Porque hasta los veintisiete años en que hizo su Doctorado, tuvo un



puesto oficial y de confianza en el Archivo de la Presidencia del Consejo de Ministros, muy cerca de Cánovas del Castillo, que lo distinguió y que apreciaba sus dotes relevantes; y a cuyo lado, si hubiese seguido, podemos figurarnos hasta dónde hubiese llegado con su talento y constancia, prosiguiendo un camino profesional afortunado. Termina su período de mocedad, concidiendo casi todo él con su paradero en Madrid, ingresando en el Cuerpo Facultativo de Archiveros Bibliotecarios en 1880 y siendo destinado a la Biblioteca de Filosofía y Letras en el Instituto de San Isidro; arsenal que había de serle utilísimo para tantos datos con que enriquecer sus numerosos trabajos de Literatura o de Historiografía que enviaba aquí, a «La Paz» de Murcia, al «Semanario Murciano» y luego al «Diario de Murcia» de su íntimo amigo Martínez Tornel, amén de los que publicaba sobre variadísimos temas de erudición en «El Día», «El Tiempo», «La Gaceta Ilustrada» y otros periódicos de la capital de España.

Así terminaba la juventud fecunda de Baquero, consagrada al gustoso trabajo especulativo, con un imperio absoluto y regulado de su intelectualidad sobre todas otras ebulliciones y estímulos de la edad inquieta, sin ser por ello un hombre seco y misántropo, ni dejar de tener un fondo cordial y aun apasionado, que nunca lo abandonó, entre su aparente parsimonia y sosiego, y que hacía mirarle, ya entonces, con máxima atención y consideración general, y hoy, al rememorarle, nos hace pensar en aquellos versos de un soneto del genial Unamuno: «Dios te conserve fría la cabeza, caliente el corazón...!»

BAQUERO, MAESTRO

Nuestro preclaro paisano siguió en Madrid, perfeccionando su formación y enviándonos, de vez en cuando, sus colaboraciones nutridas y sorprendentes.

Mas, hételo aquí, en 1884, catedrático, tras lucida oposición, de Rerórica y Poética, como entonces se decía, y precisamente del Instituto de Murcia, única cátedra a la que aspiraba, para repatriarse aquí, y que había quedado vacante por la defunción del profesor Sr. Holgado. Y comienza entonces su vida docente que fue adaptando poco a poco a la madurez de sus conocimientos y a los dictados de su experiencia, hasta elaborar esos tan granados y a la vez sencillos textos manuales, eminentemente didácticos y amenos, como son sus «Lecciones de Preceptiva Literaria» que alcanzó en poco tiempo varias ediciones; su «Colección de Clásicos Latinos» con versión lineal, en colaboración con el veterano gramático Escartín; y su «Historia elemental de la Literatura», ¡tres auténticas joyas de la bibliografía pedagógica! ¡Qué bien hechas, y qué limitadas en sus aspiracio-



nes! Hay que leer los prólogos, admirables y modestos, insistiendo en que le interesa, como autor, más que alardear de saber y enseñar excesivas cosas, el que aprendan los discípulos lo que es imprescindible y básico en la materia respectiva, para moldearles el gusto y el criterio por las Humanidades y la Literatura e iniciarles en los fundamentos y práctica de la composición y formación de estilo. «He pensado —dice— escribir unas Lecciones con un espíritu amplio y moderno; pero, concentrando cuanto he podido sus ideas y exposiciones, sin perjuicio de la claridad; prescindiendo de cuestiones más curiosas que útiles, reduciéndolas todavía a un Sumario quintaesenciado». En sus Apuntes para un programa de Historia de la Literatura aún se muestra menos ambicioso, recomendando otros libros amplios a los alumnos más aplicados o preparados, y entregándoles este otro sin pretensiones, para que ellos, no habituados al manejo de modelos «puedan estudiarse su lección —dice— y yo explicársela con todo desahogo...» ¡Cuán lejos del libro usual de clase, farragoso y pedante, de nuestros días, y aún más de los de hace unos pocos años!... Simplificar, he ahí el gran secreto de la enseñanza, decía Feuillée.

Baquero, como profesor, fue una institución en Murcia de perdurable influencia. Muchas generaciones de discípulos pasaron por su aula y conservaron siempre su huella educativa o su recuerdo indeleble y plácido, cuando menos. Al morir el maestro se le prodigaron las alabanzas por su eficiente magisterio. Yo le dediqué en el semanario «Patria», que dirigía a la sazón, unos párrafos bajo este prisma, de los que entresaco algunos pertinentes períodos:

«Sintió siempre el llorado Baquero vocación especial a la enseñanza que él había recibido muy completa. Esta vocación, además, era heredada; su padre había sido también catedrático y había regido nuestro Instituto. No fue al torneo de las cátedras con un superficial barniz de sabiduría, sino con un bagaje considerable de conocimientos que lo hizo indiscutible. Saturado del espíritu y la letra de las Humanidades, apuntó desde el principio, una orientación tan práctica, tan suave y cautivadora, que encariñaba al alumno con la asignatura. No se lanzó inmediatamente, cual los inexpertos y comerciantes de la cátedra, a la publicación de obras de texto con que lucrarse, sino que lo hizo cuando llevó algunos años de entrenamiento docente en el aula; y lo aderezó con tal esmero, con tal acierto sintético, con tal cuidado y gracia en la elección de modelos y ejemplos, que sus libros sobre materia preceptista son de los más admirables que hay escritos en España; muchos alumnos aún repiten fragmentos.

Dicho se está que fueron declarados de mérito especial en la carrera de su autor; porque están planeados, desarrollados y escritos con un orden y un lenguaje tan sabio y tan llano que, leyendo y releendo sus páginas, nos parece estar todavía en los bancos de sus alumnos, oyéndole una de



aquellas familiares, nutridas y entretenidas explicaciones suyas. ¡Qué paternalmente maestro se nos mostraba en ellas! ¡Con qué regocijo le escuchaban atentos los discípulos las lecturas que de nuestros clásicos sabrosamente les hacía! ¡Cómo aprendían insensiblemente y cómo se despertaban en ellos inclinaciones hacia las letras patrias y sus maravillosos cultivadores!

En los exámenes, ¡cuán justamente benigno! ¡En las sanciones, correcciones y admoniciones, cuán discreto y comprensivo! Hasta en su conversación corriente y ordinaria, ¡qué autorizado y simpático magisterio el de Baquero, sin el que se quedó el aula con un vacío glacial».

Este fue el maestro, cuya bondad y simpatía valían toda su ciencia y le hacían ante sus alumnos como infalible y venerable.

BAQUERO, ESCRITOR Y HUMANISTA

El estilo literario de Baquero se había ido acendrando y depurando de tal modo que era inconfundible y peculiarísimo, por el raro y difícil maridaje de su elegante prestancia y su atrayente sencillez. En todos sus escritos, ¡qué cristalina sintaxis, qué limpidez acrisolada! Y conseguidos todos y redactados sin esfuerzo ni amaneramiento; con la facilidad y destreza del que domina absolutamente y flexibiliza los medios todos de elocución:

*"Este que llama el vulgo estilo llano
encierra tanta fuerza, que quien osa
tal vez acometerlo, suda en vano".*

Decía ya Argensola en su famosa Epístola: Es la proverbial difícil facilidad que singularizaba todos los trabajos de la pluma de Baquero, desde la Croniquilla al Rebusco, desde el artículo informativo o erudito a la disertación o el discurso de nivel.

Y conforme iba avanzando en técnica y experiencia de literato, más se acercaba a esa pura y elegante simplicidad que acabó por caracterizarlo. Giros de expresión y gracia casi familiares, reticencias e ingenuidades, selección y propiedad en los epítetos, circunspección y dignidad en las alabanzas y en los reproches o contradicciones, moderación en la frase y en la réplica, ausencia de lisonja o violencia en los más apasionados juicios, estilo y lenguaje nunca pedestres y jamás inaccesibles.

Y es que estaba saturado del sentido humanístico de su preparación y sus profundos estudios superiores y facultativos, de espíritu clásico... Tenía, como nos diría luego su deudo el intelectual Vicente Llovera, un



espíritu virgiliano; era frecuente oírle repetir algún verso o célebre frase latinos oportunos ante algo que le impresionara —paisaje, obra artística, rasgo humano o trance crítico—, saboreando la miel antológica de sus adecuadas aplicaciones.

No cabe duda que el humanismo imprime carácter, suaviza y tornea nuestras reacciones, impone normas sabias y dúctiles, unge de probidad y compostura el pensamiento y la voluntad, a través de la decantación filológica y erudita, de la interpretación y sugerencias de los textos clásicos que son su cardinal estructura; y por eso, Baquero, neto humanista bien formado, a pesar de su interior fogoso, de su vehemencia natural disimulada, estaba siempre como contenido y frenado por ese bálsamo sedante de su educación mental y la asimilación perfecta de las Humanidades doctrinales que en él latían y que él profesaba: «Est modus in rebus»; y también en las personas, podríamos añadirle a Horario.

Dentro de esa su preferente educación clásica, era abierto y asequible a todas las tendencias; tolerante y nada rígido con sus dogmatismos literarios. Y, lo mismo repetía extasiado exámetros de Lucrecio o Virgilio, dísticos ovidianos y estrofas románticas o parnasianas de Zorrilla, Querol o Núñez de Arce, que le sorprendían gratamente las novedades metafóricas rubenianas y de los jóvenes hispanoamericanos; se entraba en coloquios con Enrique Martí sobre los vates modernistas y simbolistas franceses, o nos celebraba, a los que empezábamos a rimar, cualquier hipérbole colorista o combinación métrica novedosa o atrevida, con una sonrisa paternal de pláceme o una interjección inocente de agrado y de satisfacción alentadora.

El, desde su puesto de Jurado en muchos certámenes, descubrió con su opinión razonada y decisiva, y levantó a la superficie, valores poéticos en su tiempo destacados y nuevos, como los líricos regionales del primitivo Vicente Medina, y las agrestes y jugosas estrofas con que se dió a conocer en unos Juegos Florales de la localidad el famoso bucólico extremeño Gabriel y Galán. Y para todos los noveles, aun los más endebles, tuvo animosas complacencias; porque él, que fue sobre todo un gran prosista y poco poeta (aunque tiene publicados algunos sonetos y poemas cortos excelentes) era, más que nada, maestro de poetas, crítico sincero, nunca acerbo sino contra el necio o el insidioso.

Sus mismos juicios en materia de artes plásticas —ahí está su volumen de «Visitas de confianza a la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1881», tan celebrado— eran, aun en sus censuras, siempre mesurados y piadosos, nunca enconados y crueles. Y de qué intención y espíritu iban siempre presididos sus pareceres y comentarios, lo revelan bien las páginas doctas y magistrales de su libro fundamental, sobresaliente entre toda su biblio-



grafía, «Catálogo de los profesores de las Bellas Artes murcianos», cuya publicación fue sensacional en nuestro ambiente culto, y en donde figuran, como él mismo los rotula, «Juicios apológeticos».

BAQUERO Y LA UNIVERSIDAD

Desde 1914 y siguientes, tomó cuerpo consistente y llegó a convertirse en casi obsesivo clamor, una vieja aspiración colectiva de nuestra capital a obtener la creación en ella de una Universidad literaria, compensación de la pérdida de aquellos florecientes Estudios Generales, árabes y medioevales o alfonsíes, de noble tradición en la comarca, o continuación y afianzamiento de aquella otra efímera Universidad Libre decimonónica que funcionaba en Murcia, ilustrando a bastantes de nuestros abuelos, y dejó un brillante recuerdo por la calidad y renombre de sus maestros y discípulos.

Las llamadas «fuerzas vivas» de la opinión, movidas por la diaria turbina de la prensa local, insistían en que la preponderancia política de nuestros primates y representantes legislativos, aprovechara coyunturas felices para conseguir mejora cultural tan deseada y conveniente, con tesón defendida más que razonadamente demandada, y de la que se hizo campaña.

Y se consiguió lo anhelado. En memorables circunstancias de la vida local y de la general española política parlamentaria, nuestros diputados y senadores, que al principio acogieron el empeño con cierto escepticismo, ganaron una batalla decisiva para el porvenir de Murcia y su región; y ésta tuvo una flamante Universidad, de nuevo cuño, autónoma en sus comienzos, y luego incorporada al presupuesto del Estado. Una Facultad de Derecho, y los Preparatorios de Ciencias y Letras eran el embrión de lo que luego ha sido esta espléndida y multiflora Universidad que hoy gozamos,

Para la dirección y labor ordenadora de aquel período gestatorio, y para la estructuración del nuevo Centro superior, fue sin discusión alguna designado por la alta Magistratura de la Nación, a pesar de su alejamiento político, y atendiendo sólo a sus méritos intelectuales, Don Andrés Baquero Almansa, el mayor prestigio de la cátedra murciana, por entonces; que era además graduado en Derecho desde 1882, aunque no ejerciera la abogacía. ¡Y con qué tacto y satisfacción, con qué solícito amor actuó de comadrón —«¡Fave Lucina!»— de la naciente Universidad de su tierra, este insigne murciano! El preparó y seleccionó el profesorado de entre jóvenes doctores, esperanza clara, y viejos sabios experimentados domiciliados en la capital; él reglamentó la vida administrativa y académica,



proporcionó locales interinos en el Instituto y en los pabellones de Escuelas Graduadas que él mismo había antes construído con reservas de fondos patrimoniales bien guardados y administrados; y él también, en un atardecer memorable del 7 de octubre de 1915, como Comisario Regio que fue nombrado, leyó el magnífico discurso inaugural, sincero y perfecto, acomodado a la ocasión, que fue como la partida sacramental de bautismo de nuestra bien nacida y pronto arraigada Universidad. Aún me parece, en aquel fastuoso marco oficial de uniformes, togas y etiquetas, ver el semblante de Baquero, un poco pálido, con su muceta condecorada y su birrete doctoral, y oír su voz pastosa y profética, resumiendo en castiza prosa la historia de nuestra cultura antigua y moderna, justificando la necesidad de la fundación y exaltando la misión augusta del Derecho y la perennidad de las enseñanzas del mismo, con una rotundidad y un patriotismo velados a veces por la emoción. Su figura se agigantaba y se hacía señera e inmortal en la vida docente y en los fastos de la Murcia contemporánea cuando, visiblemente conmovido, y en pie, como todos los asistentes, dijo con entonación solemne: «En nombre de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII, que Dios guarde, declaro inaugurada la Universidad de Murcia. ¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Viva Murcia!».

El se consideraba feliz y premiado con la alegría del acontecimiento. Su discurso, sin énfasis ni grandes vuelos oratorios, constituyó una pieza cumbre sobre la que se edificaba un nuevo templo ingente de la ciencia y del estudio. Bien merece ser evocado aquí aquel acento suyo preciso y doctoral, con que explicaba los títulos de «Nobilis, Pulchra, Dives» del escudo que ideó con esa empresa para la Universidad y que él mismo glosó en documentado artículo antes publicado en la Prensa local.

Esta Universidad de sus amores malogrados que no guarda de él en dependencia alguna ni una fotografía ante la que pudiera decir, como Eneas, "*subiit cari genitoris imago*", conserva en su Biblioteca, a la que fueron legadas por sus deudos, como recuerdo y valiosa ejecutoria, las voluminosas cuartillas autógrafas de su notabilísima obra sobre los Artistas Murcianos.

El vaticinó de aquella Universidad recién nacida y de pobres pañales: «Ella será. Cuidemos de su niñez con celo casi religioso y puede que muy luego sorprenda a todos disputando en el Templo con los Doctores». La clarividente predicción está superabundantemente cumplida.

BAQUERO Y MURCIA

Toda la vida particular y profesional de Baquero, desde la plenitud de su razón, se ve redundada de un estímulo fundamental: El amor constante y fervoroso por Murcia, un amor tangible y hondo que fomen-



tado en vez de amortiguado por las ausencias de juventud o por los humanos desengaños, no se resigna a la separación indefinida ni a la tibieza, y suspira siempre por el goce estable y posesorio. El, que pudo ser en Madrid, impulsado por los árbitros de la política de su tiempo, lo que hubiese querido de provecho y honores, no deseaba otra cosa que regresar al caliente regazo de su Murcia, trabajar por su bien y ocuparse exclusivamente de las cosas de ella.

Insertó el «Semanario Murciano», de 9 de Febrero de 1879 un artículo de Baquero, remitido desde Madrid y titulado «La Madre Patria» que es impresionante por lo explícito de sus conceptos. A propósito de unas frases de Polo de Medina y unos versos de Ramírez Pagán, hace una calurosa definición de lo que es la patria de cada hombre, el rincón y el hogar donde nació, amó y sufrió, cualquiera que sea su latitud y condición. Y afirma con deliberada y categórica franqueza: «Para mí, el mundo se compendia y resume en España; España en Murcia; y Murcia en la Torre de Santa María».

Es su tema sentimental sostenido hasta el fin. Cuando en el año penúltimo de su vida leyó Baquero en el Círculo de Bellas Artes su estu-penda conferencia histórico artística, resumiendo todos los estudios y hallazgos, propios y ajenos, sobre nuestra polifacética Catedral, al tratar en los párrafos finales de la construcción y características de su monumental Torre, acaba por una evasión del tono objetivo y erudito de la disertación, y se entrega enternecido a la apología entusiasta de esa enhiesta «personificación de la Murcia de nuestros amores», como él la llama. «Yo he nacido a sus pies y quiero morir a su sombra». Y la emoción lírica que cuentan los que tuvieron la suerte de escucharlo, que entrecortó su palabra y arrasó sus claros ojos escrutadores, le llevó a forjar aquel símil de los ocho redondos ojos de la Torre (los óculos de la cúpula de Ventura Rodríguez) que otean el horizonte de la vega y que él comparó nada menos que con los verdes y misteriosos de Minerva. ¡Qué página epilodal aquella tan sentida y enamorada! No se puede leer por nosotros, genuinos murcianos, sin una profunda sacudida espiritual de apego y cariño a la tierra nativa.

Martínez Tornel, entre otros destacados reseñadores, le dedicó a tan memorable conferencia un vibrante y estremecido comentario.

Repasando toda la abundante producción bibliográfica de Baquero que está seriada minuciosamente en el Estudio publicado por Ibáñez García en 1922, y que es bastante completo dentro de lo compendioso, vemos que todos los ensayos, artículos, recensiones, críticas, rebuscos, libros y escritos en general de nuestro personaje, en su inmensa mayoría, casi en su totalidad, versan sobre cosas o sobre personas naturales de Murcia o afines a ella. De sus obras mayores, solamente las de texto escolar y la



premiada de «Hijos ilustres de Albacete» se apartan directa o indirectamente del tema local coterráneo que él siempre aborda. Y dejó inéditas otras grandes promesas, como la Historia de los escritores e impresores murcianos (tan interesante, por lo menos, como la posteriormente editada de Pío Tejera), la de la Literatura en Murcia bajo la Casa de Austria y algunos curiosos informes urbanísticos, como el del Malecón que leyó en la Comisión Provincial de Monumentos.

Pero, no sólo dió a Murcia el fruto de su pluma y sus investigaciones, sino también cuando fue requerido, el de su personal cooperación o gestión prudente y certera, siendo durante dos años —1891 a 1893— alcalde modelo de la ciudad, administrador excepcional y nada partidista *enragé* ni pseudo político; defendiendo nuestros derechos y prerrogativas de riegos y cauces; administrando escrupulosamente bienes fundacionales para el mejoramiento de la cultura en la ciudad, con los que construyó un Museo y nuevas Escuelas primarias de planta; suscitando el olvidado culto de la antigua Patrona, la Virgen de la Arrixaca, y legitimando el de la Fuensanta; propugnando la pervivencia y conservación de los monumentos históricos y artísticos de Murcia y su provincia, desde su primer puesto en la Comisión Provincial, cuyas Actas pregonan la diligente labor de Baquero, con sus luminosos informes e iniciativas; concertando y logrando la adquisición ventajosa del famoso «Belén de Salzillo», para evitar su emigración al extranjero; haciendo crítica elogiosa y cordial de todo lo de aquí, y de los poetas y literatos del país, como las dedicadas a Arnao, Lope Gisbert, el P. Ceballos y otros; amén de las que consagró a los preeminentes Polo de Medina, Cascales, Saluzio del Poyo y Saavedra Fajardo; esta última inédita, que hubiera ido en su libro en preparación sobre escritores murcianos, entre cuyas cuartillas se heló para siempre su mano.

El distinguido publicista e historiador de la Literatura Española, Angel Salcedo Ruiz, en un extenso estudio que dedicó a Baquero en la prensa de Barcelona y que tituló «Otro caso de regionalismo literario», dijo a propósito de esta fusión casi panteísta del alma de Baquero con la de su ciudad: «No creo yo que haya otro caso más señalado de insuflación del alma de una ciudad o comarca en el ánimo de un individuo».

Acechaba Baquero todas las horas y todos los detalles del cielo y la tierra de su amada ciudad, como un novio celoso, frecuentando sus paseos y alrededores a las horas más propicias al deleite; veraneando en su posesión de El Palmar, en plena huerta próxima, en vez de alejarse a playas o campos distantes o extraños, como su posición económica le permitía; asistiendo a diario a las más castizas tertulias de la localidad, yendo todos los años a contemplar el paso del Cristo de la «Caida», de Salzillo, a un mismo rincón urbano estratégico y casi desapercibido; que su fina observación había descubierto; prefiriendo, sobre todos los demás, los frutos y



manjares y guisos propios de este suelo y típicos de nuestras costumbres; y, en fin, con múltiples detalles que no escapaban a su cariño y atención.

Y Murcia le correspondía a su amable hijo y casi sacerdote; y así se lo demostró en vida, con homenajes públicos, como el célebre y concurridísimo banquete, cuando la publicación de su libro sobre Artistas murcianos, acto de desbordada afectuosidad sin precedentes, y con honras y duelo póstumos cuando lo perdió para siempre y le dió su último colectivo adiós.

EL ENTIERRO DE BAQUERO

La subitánea inopinada muerte del maestro Baquero en la madrugada del 6 de enero, día de Reyes, de 1916, sobrecogió de estupor a toda la ciudad. El prócer murciano, en el cénit de su prestigio personal y oficial, había sido visto aquella tarde, como todas, en su habitual paseata por el Malecón predilecto, y por la noche despidiendo en la estación del ferrocarril al ilustre exministro paisano, Sr. La Cierva; y más tarde todavía en su tertulia del Café Patrón, con sus cotidianos interlocutores de diversas clases sociales y denominador común de leal murcianismo.

Sintióse, al retirarse a su casa, fulminado por el «ictus Jovis», y la congestión entornó sus garzos ojos, desmayó sus miembros y abrasó su admirable y lúcido cerebro.

El despertar de las gentes fue doloroso, porque la prensa enlutada y los rumores y comentarios por doquiera esparcidos divulgaban la tremenda y casi inversímil noticia: Baquero había muerto. Nosotros vimos a la luz de la mañana invernal, y con los ojos humedecidos por las lágrimas, aquella cabeza majestuosa de apóstol y felibre reposar inmóvil y cérea, bajo los brazos abiertos de un Crucifijo. Contemplamos, en aquella su cámara, llena de valiosos primores, junto al despacho-biblioteca, cómo nuestro escultor Planes, entonces en el comienzo de su triunfal carrera artística, sacaba la mascarilla de aquel eterno dormido, de la que luego había de obtener su primer busto venerable. La rosada calva ya amarilleaba y las fluviales patillas descuidadas parecían de ceniza.

No era posible saber el número aproximado de los que ante el cadáver desfilaron por aquel piso que se había de cerrar con la muerte del que lo habitaba. Pero, lo que es de todo punto incalculable es recontar, ni aproximadamente, la muchedumbre en avalanchas que acompañó los restos. Pocas escenas de duelo popular semejante nos ha sido dado presenciar en todos nuestros años. Las corporaciones mandaron ujieres y alumbrantes. El ataúd llevaba, sobre el Crucifijo de la tapa, la muceta celeste, el birrete doctoral y el bastón de autoridad académica. Los deudos, amigos y compañeros se turnaban, disputándose el honor de portar el féretro sobre sus



hombros. Por todas las calles del tránsito, desde San Lorenzo, incluyendo la principal de la Trapería, un gentío espectador formaba doble y triple fila, y se apiñaba en los balcones enmudecido y apenado. Así hasta llegar al Instituto, que entonces era también en parte Universidad, por cuyos claustros, como bajo arcos de honor y fama, pasó el cerrado bajel rumbo a la eternidad, con su abigarrada y triste comitiva. Y luego, la conducción, continuamente rivalizada por los jóvenes y dolidos estudiantes que lo acompañaron hasta el cementerio distante de Murcia y lo soportaban a hombros, como entrañable reliquia, hasta dejarlo cubierto, tras la losa fatal, en el suntuoso panteón familiar de los Almansa.

Caía la tarde inverniza, con grises entreverados de carmines del Poniente que daban misterio y recogimiento al amplio horizonte donde se descubrían apenas Murcia y la Torre... Ya estaba cumplido el deseo, tantas veces reiterado, de reposo definitivo a su sombra, del maestro inolvidable. Espectáculo tal de adhesión, respeto, admiración y afecto en un enterramiento, no se había dado nunca en esta ciudad que parecía haber quedado huérfana de su gran mentor y patriarca literario.

Traspuso la cerrazón de la tumba aquella noble y casi monástica figura de tan digna modestia, de tan sobrio continente, en cuyo verbo y en cuya mirada bonancible parecía atesorarse la mejor «sagésse» verleniana; y nos quedó en el corazón y la memoria, aparte el luto y llanto del epitafio carlino, esa estampa imborrable de humana compostura, que es como la fachada del alma, en frase de Gracián, y que nos infundía a sus amigos y discípulos a la vez respeto, confianza y amor; porque su trazo moral se dibujaba en dos paralelas: autoridad y bondad.

La sátira local humorística que siempre dió en nuestro clima sus gracias, sin excluir de su mordacidad ni a los más encumbrados, hizo semblanza desenfadada y caricaturesca de don Andrés Baquero, en parodia con el «Ojos claros, serenos...» de la silva conocidísima de Cetina; y en ella, publicada en una revistilla cómica y bajo unas leves iniciales, a vuelta de adjetivos de máxima alabanza a su honradez y corección, inatacables al óxido más corrosivo, y de alusiones a su pipa, su chambergo y su chalina, y a su descuidado, pero limpio y llano modo de vestir, terminaba el autor de la broma metiéndose con su supuesto mal genio y diciendo de él que era un carácter soberbio e intransigente: Y terminaba afirmando:

*"... que es discutir con él tan imposible
como tocar el cielo con las manos."*

Nada más inexacto ni desorbitado. Baquero era amable, correcto y fácil a la persuasión, si se le sabía tratar con delicadeza y habilidad. Era



aferrado a su propio criterio, desde luego, y firme y consecuente en él, como todo hombre que se lo elabora con rectitud e independencia; y no resultaba cómodo cambiárselo después de sostenido. Pero no era sistemáticamente agrio, rebelde e insumiso en la polémica ni la controversia, cuando éstas se producían con la cortés medida que fue en él permanente norma. Dejábase vencer cuando el contrario o la realidad misma patente lo convencían, como en las discusiones sobre obras supuestas o reales del pintor Villacis o la sostenida con Don Isidoro de la Cierva sobre la compra del Belén de Salzillo, y algunas otras más agitadas. Sólo no le gustaba y reaccionaba con más queja que enojo cuando otros le invadían parcelas de investigación previa o exclusivamente trabajadas por él.

Hoy mismo —estamos seguros habiéndolo conocido y tratado de cerca— nuestros grupos avanzados de artistas, escritores, poetas y pintores audaces y bisoños, a pesar de la evolución y diversidad de gustos y tendencias, si él viviera, no lo tendrían hostil frente a ellos, sino expectante y comprensivo a su lado, complaciente tal vez de sus afanes, credos, modas y aspiraciones, con tal de que fuesen sinceros y sentidos; y le habrían de decir los honestos innovadores, como nosotros en aquellos sus años, lo que Dante dijera a su guía el mantuano: «Tu duca, tu signore, tu maestro».

He querido siluetear con la precisión mayor posible la figura señera de Baquero acercándome a su parecido moral, al acentuar sus rasgos humanos sobre los de erudito y publicista; presentando a un inmediato antepasado de excepcional aureola y renombre que redujo voluntariamente su positiva magnitud a dimensiones provincianas; hombre destacado, fidiano a la vez de aspecto mental y físico, y sensible, familiar y jugoso de afectos y de corazón; conjunción feliz que lo define y lo perfila a distancia y esclarece su buena memoria de augur y pontífice máximo del auténtico murcianismo.

No la perdemos del todo ni la debilitemos demasiado en el correr del tiempo. La rotulación con su nombre de una céntrica calle, una lápida en su aula del Instituto y un busto en el Museo de Bellas Artes que él erigió, son recuerdo perdurable de este murciano ilustre y representativo. La Real Sociedad Económica de Amigos del País, algunos años después de su muerte, celebró un solemne homenaje colocando en su Galería de hijos y patricios preeminentes de Murcia un excelente retrato al óleo de éste destacadísimo, obra del pintor Antonio Nicolás; Un mármol en la capilla de Ntra. Sra. de la Arrixaca, de la Iglesia de San Andrés, rememora su nombre como restaurador y continuador del culto a la imagen alfonsina de la primitiva Patrona de Murcia... Sin embargo, el olvido empolva mucho tan singular memoria. Es ocasión de refrescarla un tanto, ahora



cuando vamos a exaltar la pervivencia y engrandecimiento, en su cincuentenario o Bodas de oro, de nuestra murciana Universidad, a cuya fundación y nacimiento va tan ligada la proyección de su primer Comisario Regio y organizador, el egregio intelectual y catedrático, maestro don Andrés Almansa.

ANDRÉS SOBEJANO

